

## Salamanca, espejismo de piedra

### Luis García Jambrina

Publicado en *Descubrir el Arte*, n.º 113, 2008, págs. 98-103

Una ciudad no es tan sólo un lugar geográfico, un territorio urbano. Es también un espacio literario, un ámbito simbólico en el que se funden el mito, la invención y la realidad. No en vano las ciudades las construyen también los escritores, los novelistas, los dramaturgos, los poetas... Son ellos los que las crean, configuran y remodelan, libro tras libro y siglo tras siglo, en el imaginario colectivo de las gentes. De hecho, podríamos decir que, si los hombres no escribieran, no existirían las ciudades.

Una ciudad es, por otra parte, un texto que no se acaba nunca de escribir y no dejamos nunca de leer, un territorio en el que se entrecruzan la memoria y el deseo. Una ciudad es en sí un gran relato, una novela de novelas, una tupida red de narraciones que se entrecruzan y se bifurcan, un gran símbolo, una creación autónoma de la imaginación, un hipertexto al que se vinculan infinitos textos, como el famoso libro de arena de Borges, un palimpsesto sobre el que escribimos una y otra vez las mismas historias y metáforas, siempre renovadas y distintas. En el subsuelo de toda ciudad, hay, además, una ciudad oculta y sumergida, una ciudad onírica y subconsciente, en espera de que un escritor la redescubra y la haga aflorar.

Pero, más que un tema, un motivo o un escenario, algunas ciudades son en sí mismas un género literario. Su compleja y variada topografía es, en realidad, un reflejo o representación del alma colectiva, y no tan sólo el marco o decorado en el que se desenvuelven nuestras vidas. Y es que, en cada ciudad, hay, amalgamadas, una ciudad exterior y una ciudad interior, una ciudad visible y una ciudad invisible, una ciudad histórica y una ciudad mítica, una ciudad real y burguesa y una ciudad imaginaria y utópica, una ciudad empírica y una ciudad virtual, una ciudad de piedra, hierro, cristal y hormigón y una ciudad de tinta.

Por eso, siempre me ha fascinado esa antigua afición de Salamanca por la duplicidad. Su voluntad de ser algo más: dos ciudades en una, por ejemplo, o una doble ciudad. De ahí la existencia de dos catedrales: la Nueva y la Vieja, unidas por uno de sus muros laterales, como si fueran dos hermanas siamesas. Dos plazas principales y emblemáticas: una cuadrada, dedicada al paseo y a la vida cotidiana, la Plaza Mayor; y otra redonda o circular, consagrada a la fiesta y a la muerte, la plaza de toros de La Glorietta. Dos Universidades: la pública o civil, con sus ocho siglos de historia y su célebre fachada plateresca; y la privada o eclesiástica, con su imponente Clerecía. Dos bóvedas celestes: el cielo real y astronómico, que tantas veces observó el gran cosmógrafo judío Abraham Zacut; y el astrológico y mítico de su famosa bóveda. Y hasta dos tipos de ciencia o de saber: la brillante tradición culta, académica y oficial, frente a la oscura tradición oculta, nigromántica y popular, representada por la Cueva de Salamanca, donde ejercía de catedrático el propio diablo. Ciudad, en fin, abierta y, al mismo tiempo, hermética y secreta, incluso para aquéllos que la recorremos y contemplamos cada día.

No es extraño, pues, que, junto a la topografía real de la ciudad, pronto empezara a surgir también una topografía imaginaria, superwa o incrustada en la anterior: la propia Cueva de Salamanca, la Peña Celestina, el Huerto de Calisto y Melibea, la puente y el toro del Lazarillo, la Flecha o huerto de fray Luis, los lugares del alma de don Miguel de

Unamuno... Algunos han sugerido, incluso, que, en el subsuelo de la ciudad, hay otra Salamanca sumergida, una especie de subconsciente urbano, podríamos decir, al que han ido a parar todos los sueños frustrados, deseos oscuros e instintos reprimidos de la ciudad: la Salamanca que se perdió y la que no pudo ser, pero que no ha dejado nunca de pugnar por salir a la superficie. Y, en este sentido, es bien sintomático que el llamado Cielo de Salamanca estuviera cubierto durante mucho tiempo por una segunda bóveda, hasta que ésta al fin se resquebrajó y se hizo de nuevo la luz interior sobre la ciudad.

Salamanca es, por lo demás, una ciudad especular, una ciudad espejo en la que parece que se miran y reflejan otras ciudades, reales o imaginarias. Una ciudad, pues, de ciudades. Roma la chica y Atenas castellana, son, como es sabido, dos de los lugares comunes más utilizados para ensalzar la riqueza e importancia de su patrimonio arquitectónico y cultural. Pero también resulta fácil descubrir algún retazo de Venecia en el esplendor y perfección –la cuadratura del círculo– de su Plaza Mayor, como me señaló una tarde el gran poeta «venecianista» Pere Gimferrer; o un jirón de Florencia en una torre que apenas despunta sobre los tejados, o de Sevilla en un patio interior, o de Lisboa en una ventana orientada hacia el Atlántico; no en vano, en el convento de San Esteban, consiguió Colón el apoyo que necesitaba para emprender su viaje a las Indias Orientales a través de la mar Oceánica.

Por otra parte, cabe decir que, vista desde lejos, bajo ese doble cielo inalterable que la ilumina por fuera y por dentro, Salamanca parece un holograma, una alucinación, un espejismo a punto de desvanecerse, algo así como un desierto de arena refulgente puesto en pie, o un gigantesco ejército de piedras incandescentes y llamas petrificadas, o un inmenso barco a la deriva sobre un mar que desapareció hace millones de años, según proclaman los restos fósiles encontrados en sus alrededores. Estamos, por lo demás, ante un reflejo sin objeto y sin espejo: la copia auténtica de un original falso, la exacta imitación de un modelo único, pero ignorado, la imagen invertida y exterior de esa ciudad que crece hacia el fondo y late por debajo, la punta de iceberg de una promesa que nunca acaba de cumplirse ni de romperse del todo.

Se trata, en definitiva, de la añoranza de una ciudad que, en realidad, nunca existió, pero que se ha hecho perceptible de alguna manera, un no-lugar que sí ocupa lugar, un símbolo tangible y recurrente, una mentira verdadera, esa que ahora mismo habitamos y soñamos entre todos. No un mero resultado de la historia y la política o un producto de la especulación, sino una creación de la imaginación. Esta ciudad, en efecto, la han inventado y construido también los escritores y, en general, todos aquellos que la piensan y la sueñan y la interiorizan cada día hasta hacerla suya y, al mismo tiempo, nuestra, como proverbialmente hizo Unamuno.